

Cervantes y Shakespeare en los escenarios

JOSÉ LUIS LANASPA

Como subrayaban los libros de texto, murieron los dos el mismo día, el 23 de abril de 1616. Comienzos del siglo XVII, que fue siglo de decadencias para España con Felipe III, Felipe IV y Carlos II, éste, débil mental y sin descendencia, lo que propició la guerra de Sucesión y ramificaciones derivadas.

Pero se trata de Cervantes y Shakespeare, dos genios de la Literatura que se pusieron a pensar y a escribir, cada uno por su lado y en su lengua, de lo que hay cerca de cualquier acontecimiento o anécdota, es decir, de la vida: la ilusión de un mundo mejor contra el mal disfrazado de molinos de viento —¿se equivocó don Quijote o se equivocó Sancho?— y las dudas entre el existir o no existir que se cuestionaba Hamlet (el existencialismo es anterior a lo que se creía en los años sesenta). Y ahí siguen. Y coinciden al cabo de cuatro siglos hasta en

TEATRO

los escenarios, esta vez con *Hamlet* y *La entretenida*, una curiosa y poco conocida comedia de Cervantes.

La entretenida

Parece que el teatro fue la gran vocación de Cervantes, aunque sus dotes de narrador y, sobre todo, el Quijote hicieron de telón de su obra escénica, en la que figuran comedias y entremeses de carácter popular que se acercan a las clases humildes y que se solían representar en los entreactos.

Ahora, la Compañía Nacional de Teatro Clásico ha puesto en escena *La entretenida*, que hace sonreír a los espectadores con las

aspiraciones y los fracasos de la gente normal de cualquier época que intenta subsistir lo mejor posible y con dignidad. Las directoras, Helena Pimenta y Yolanda Pallín, acercan la versión a los rascacielos de Madrid de hoy, exactamente, a la vida cotidiana de los años sesenta, cuando los españoles andábamos deslumbrados con aquel maravilloso coche que se llamó “el 600” y que en esta ocasión llega al escenario. No es fácil mezclar un tiempo y el otro, que es lo que se ha intentado, incluso simultaneando indumentarias de ambas épocas.

Estas historias costumbristas de Cervantes no eluden la realidad, tantas veces adversa, sin perder la esperanza y el buen humor. Él sabía muy bien, como escribió ya cercano a la muerte, que “el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan”. (Hoy le hubieran recetado algunas pastillas antidepresivas). Pero en cualquier caso, con Cervantes, siempre nos llega una sonrisa de vida y los entresijos y la belleza del idioma que hablamos. La interpretación de *La entretenida*, bien, sobre todo, de Montse Díez que recuerda a Gracita Morales haciendo de

sirvienta, y el conjunto, dirección y montaje, ponen la mejor voluntad, con más o menos acierto, por acercarnos a aquel genio de desventuras.

El príncipe de Dinamarca

William Shakespeare nos lleva con Hamlet a ese lado oscuro de la Historia desde el que se percibe que “algo huele a podrido en Dinamarca”.

Dinamarca, claro, puede ser cualquier país, cualquier sociedad. Es una tragedia de corrupción y venganzas.

Desgraciadamente, algo así como una parodia de lo que hemos leído por la mañana en el periódico.

En este caso, la versión castellana es la traducción realizada por Leandro Fernández Moratín en 1800. Un texto que merecería llegar con nitidez a los espectadores, especialmente en la parte de dudas e incertidumbres del protagonista. Pero el ruidoso montaje de luces, música y gritos, al menos en una de las representaciones iniciales que uno vio, no contribuía a esa conveniencia.

Acercarse a los clásicos es importante para la cultura. Pero hay que hacerlo con cuidado y pensándolo bien.

El retrato de Dorian Gray

Una adaptación teatral de Fernando Savater ha llevado esta obra del polémico Oscar Wilde al Centro Cultural de la Villa. El retrato —dice Savater— es un drama fantástico sobre la culpa y la inocencia. Efectivamente, sus personajes, como cualquier otro ser humano, no pueden evitar que sus comportamientos se proyecten, constructiva o destructivamente, sobre los semejantes cercanos. Y algo más, que es la entrada del argumento: “que los pasos de cada uno de los humanos a lo largo de su vida —cita de Borges que apunta Savater— van dibujando un rostro y que ese retrato final, eternizado, será en el más allá para los unos infierno y para los otros paraíso”. Podría imaginarse un Juicio Final, ante una gran pantalla, con inequívocas sentencias para lo que cada uno fue, para bien o para mal, en su vida, más allá de la contraimagen oculta de los rostros que advierte el autor en esta obra.

Pieza compleja ésta, en la que sus excéntricos y provocativos personajes están representados, entre otros, por José Luis

Pellicena, Juan Carlos Naya, Abigail Tomey y Mariano Alameda.

Otras novedades de temporada

Y entre las comedias que han llegado hacia el buen tiempo, merece señalarse *Aquí no paga nadie*, de Darío Fo, en el Teatro Infanta Isabel. Un sainete social de lucha familiar disparatada para subsistir en una sociedad de consumo, publicidad e ideologías que se hunden. Destacan en su interpretación Silvia Marsó y Jordi Rebelló.

Merece señalarse también, en el Teatro Muñoz Seca, *Historia de una vida*: el relevo generacional, tan vivo y polémico tanto en el ámbito laboral como familiar en este tiempo. Hay que destacar la labor de Luisa Martín y Silvia Abascal.

Y las palabras de Azaña, que llegan periódicamente a las tablas en la voz de José Luis Gómez. Tal como está el panorama político español, resulta oportuno recordar la Historia y reflexionar antes de que haya que concluir con aquel doloroso “paz, piedad, perdón”. Ya no había remedio cuando Azaña pronunció estas tres palabras.